

## LA RAÍZ DESNUDA

Todo empezó en el invierno del año de 1525 cuando Gaspar Ruiz, comerciante de telas llegado de Burgos, se estableció en Aznalcázar, importante punto de tránsito comercial cercano a Sevilla. Con el paso de los meses terminó encaprichándose de la aznalcaceña Sebastiana Martos, hija de José Martos, un pechero viudo que contaba con privilegio de pastos y una aranzada de olivos en el camino de Pilas. José, intuyendo un gran beneficio para su hija y el suyo propio, la entregó al burgalés junto a la aranzada de olivar como dote. Sin embargo, ni el olivar era tan productivo como decía el suegro, ni el yerno tenía el patrimonio que aparentaba, razón por la cual ambos hombres enemistaron al poco de celebrarse el matrimonio. Tras la muerte del padre de Sebastiana a los pocos meses del enlace, y sin más familia que la arropase, la mujer quedó a merced del burgalés, que la convirtió en objeto de sus palizas y desmanes como venganza por haber sido engañado. Fruto de los abusos Sebastiana quedó encinta, estado que ocultó a su marido, que seguía descargando su ira sobre ella valiéndose de una vara de olivo, marcando el cuerpo de la joven con su propia dote.

Sebastiana, que día sí y día también protegía su vientre de cada golpe, no iba a permitir que su descendencia viviera aquel infierno, y así, tras medio año de gestación y al abrigo de la luna llena abandonó la casa familiar. Con algunas prendas en un hatillo y habiendo cogido la bolsa con los maravedíes y reales de plata de las últimas ventas del burgalés, dejó atrás Aznalcázar una fría noche de otoño. La luna teñía de plata los olivos cargados de aceitunas que jalonaban el camino que llevaba a Sevilla. Sebastiana alcanzó la rama de uno de ellos y cogió un buen puñado de aceitunas que echó a la faltriquera de su vestido. Quizá fuera ese el único recuerdo que se llevara de su pueblo para el incierto camino que habría de alejarla de su infausto destino junto a su marido. Cerró la capa que la abrigaba y cubrió sus cabellos con la capucha para continuar con paso seguro la senda de su libertad. Quiso la fortuna que, con la venida del desconsolador frío que anuncia el alba, también llegara por el camino un carro cargado de tejas proveniente de Pilas. El carretero, aliviado al descubrir que la figura encapuchada no era un asaltador, se ofreció a llevarla a Sevilla. Y así, Sebastiana, sentada entre aquellas tejas que habrían de cubrir el Palacio de los Adelantados Mayores, y mecida por el traqueteo del carro, quedó sumida en un sueño extraño. Por primera vez no sintió miedo al cerrar los ojos.

El puerto hispalense era un hervidero de actividad. Naos, carracas, urcas y bajeles con sus velas plegadas eran cargados y descargados por los estibadores en un ir y venir frenético al grito de los contra maestres y jefes de estiba. Los escribanos y veedores, en sus mesitas de

madera ubicadas junto a la carga, al ritmo de tintero y pluma iban llevando el conteo de todos los sacos, toneles y barricas que salían y entraban a las bodegas de las embarcaciones. La marinería ponía a punto los barcos limpiando y despejando las cubiertas, al tiempo que carpinteros y calafates hacían labores de mantenimiento en los cascos. El hedor pestilente de las sentinas que emanaban las escotillas de carga, se mezclaba con la fetidez de los restos de alimentos podridos, cadáveres de ratas y demás inmundicias que flotaban en el agua del Guadalquivir. Los marineros de los barcos recién atracados, ociosos y con la paga aún caliente, llenaban las tabernas y lupanares cercanos al puerto, mientras que los capitanes, pilotos y contraмаestres organizaban la logística de carga para poder partir lo antes posible a un nuevo destino. Sebastiana, con una mano aferrada a su vientre y otra a su hatillo, caminaba entre el gentío del puerto observando con admiración y curiosidad todas aquellas majestuosas embarcaciones envuelta en el bullicio y el griterío desordenado de los marineros. No le importaba el destino de aquellas naves, sólo sabía que debía embarcar en una y poner tierra de por medio. Probó suerte en algunas de ellas, pero se le negó embarcar en todas, ya fuera por tratarse de barcos mercantes o por el mal fario que su presencia femenina, además de embarazada, acarrearía en la travesía. Los capitanes y contraмаestres la alejaban de sus barcos tan pronto como podían, rechazando incluso el dinero que la joven ofrecía para poder embarcar.

La nao *Santa Isabel* zarparía rumbo a Las Indias junto a una flota formada por una treintena de embarcaciones. El Juez de la Casa de la Contratación y sus visitadores ya habían aprobado el estado de la nave y ésta estaba siendo cargada por los estibadores. El veedor de la *Santa Isabel* revisaba cada tonel que rodaba por la pasarela de carga, al tiempo que el escribano hacía un apunte en el inventario. El capitán con su gorra de media vuelta y un ropón oscuro, supervisaba desde el castillo de proa las labores de carga acompañado por el contraмаestre. El veedor vio acercarse hasta él a una mujer menuda, cubierta con una capa con los bajos manchados de tierra y un hatillo colgando de su brazo derecho. Ésta se detuvo junto a la mesa del escribano y echó atrás la capucha descubriendo sus cabellos oscuros y sus ojos color miel que miraban la fabulosa embarcación con gesto de esperanza.

—¿Vos diréis en qué puedo ayudarla? —preguntó el veedor, que detuvo la cadena de carga para atender a la joven.

—¿Cuál es el destino de este barco? —inquirió Sebastiana mirando la nao.

—Zarpamos rumbo a Las Indias —contestó el hombre sorprendido por la pregunta de aquella extraña joven.

—Quisiera hablar con el capitán —dijo Sebastiana de forma imperiosa

El escribano levantó la mirada hacia el capitán, que bajó hasta la cubierta principal y cruzó la pasarela que lo llevaba hasta el embarcadero.

—Soy Gonzalo de Ayuso, capitán de la *Santa Isabel* ¿Qué puedo hacer por vos?

Sebastiana depositó un buen puñado de reales de plata sobre la mesa del escribano y dirigió sus ojos al capitán con mirada suplicante.

—¿Quisiera vuestra merced aceptar esta suma como pago para embarcar en la *Santa Isabel*? —preguntó Sebastiana sabiendo de antemano que, aunque había ocultado hábilmente su embarazo bajo la capa, recibiría del marino la misma respuesta que en el resto de los barcos del puerto. Gonzalo de Ayuso observó las monedas, que el veedor empezó a contar con avidez.

—La *Santa Isabel* es una nao mercante, pero en esta travesía nos acompaña un pequeño pasaje que pretende asentarse en Las Indias, incluso algunas damas con sus esposos —explicó el capitán—. No veo motivo para que vos no podáis uniros a ese pequeño grupo, aunque haríais bien en haceros con alguna ropa recia para el agua y el frío, y del bastimento que preciséis para la travesía, ya que sólo dispongo de abastos para la marinería.

El capitán hizo un pequeño gesto con su gorra a modo de saludo y se disponía a volver al barco, cuando Sebastiana alzó la voz para hacerse oír entre el bullicio y el ruido de los trabajos de carga que se habían reanudado.

—¿Podría vuestra merced decirme si están muy lejos Las Indias?

El capitán se detuvo y miró a aquella inocente joven sonriendo ligeramente.

—Es el lugar más lejano que vos podáis imaginar.

La nao *Santa Isabel* se hizo a la mar tras una misa oficiada en cubierta, teniendo como primer destino la isla de La Gomera, donde harían la primera y única escala antes de emprender el viaje definitivo que los llevara al Nuevo Mundo. Sebastiana, gracias a su constitución menuda y a lo abultado de su vestimenta, lograba ocultar su embarazo a toda la tripulación. La travesía a La Gomera supuso para la joven un suplicio de mareos y vómitos que mermaron su delicada constitución. Apenas ingería alimento y lo poco que llegaba a su estómago volvía a salir por su

boca más pronto que tarde. Permanecía adormecida entre los sacos de la cubierta principal como un bulto más.

—Deberíais comer —le dijo un marinero con voz apenas susurrante y acento gaditano despertándola de su letargo. Sebastiana vio al hombre ofreciéndole un trozo de pan que llevaba en la mano—. Sería una ofensa para nuestro Señor que perdiérais la vida que lleváis en las entrañas.

Sebastiana, al verse descubierta, intentó incorporarse, pero los mareos volvieron a ella como el viento a las velas.

—Tengo cuatro hermanas y reconozco a una mujer encinta con sólo ver su mirada —le dijo el marinero gaditano—. Vos podéis estar tranquila, vuestro secreto está a salvo. Coma sólo pan, respire profundamente y procure mirar a proa. Pasará pronto.

Una vez que la nao abandonó el puerto canario se adentraron en un océano infinito que se convertiría en su única compañía durante los dos largos meses de viaje que les quedaba en el horizonte. Sebastiana vivía y dormía en la cubierta principal, ocupando un hueco entre los bultos de la batayola de estribor. Durante el día prefería sufrir los rigores del sol y el viento que envilecerse en el ambiente oscuro y pestilente bajo la cubierta, donde las pocas familias que pretendían asentarse en Las Indias se hacinaban junto a sus pertenencias en aquel espacio insano. Como el resto de la marinería, colgaba sus ropas al oreo en los obenques del palo trinquete, pero el escaso aseo con agua de mar y el relente de la noche terminaba por hacer inviable mantenerse seca en la embarcación, lo cual empeoraba con los ropajes que conformaban su abultado vestido, siempre sucio y húmedo. En las oscuras noches en mar abierto, el frío caía como un manto inmisericorde sobre los hombres que dormían en el exterior, entre sonoros ronquidos e indecorosas flatulencias provocadas por las salazones y el caldo avinagrado que llevaban como vino en la bodega. Sebastiana, una más entre aquellos marineros, acurrucada entre sacos, se hacía un ovillo envuelta en un ropón de tela encerada, y metía la mano en la faltriquera de su vestido para sentir entre sus dedos aquellas aceitunas recogidas bajo la luna llena. La turgencia de aquellos frutos había languidecido como sus recuerdos de Aznalcázar, a los que intentaba aferrarse en algún rincón de su memoria mientras la vida que llevaba en su vientre iba creciendo día a día. La joven fregaba la cubierta con el resto de los marineros, vaciaba las sentinas, ayudaba a reparar las velas, tejer redes y trenzar cabos. Cuidaba de la tripulación que enfermaba, aplacando sus fiebres o vaciando sus bacinillas, a riesgo de

enfermar ella misma o el hijo que llevaba en su vientre, debidamente oculto bajo sus ropajes. Las manos de la joven, otrora delicadas, habían encallecido y perdido su tersura. Su delicado cuerpo, a pesar de endurecerse, empezaba a flaquear ante la escasez de alimento y el estricto racionamiento del agua que hacía el alcalde del barco. Las familias que viajaban en la nao no sobrevivieron al primer mes de travesía y enfermaron mortalmente.

Tras más de dos meses de viaje Sebastiana era poco más que un vestido sucio y maloliente. Aquella mañana la mar estaba en calma y el ambiente extrañamente silencioso. Se oían los gemidos procedentes del bajo cubierta donde una docena de marineros deliraban presos de fuertes fiebres. Sebastiana, acurrucada en la batayola de cubierta notó una humedad cálida entre sus piernas y un punzante dolor en el vientre. Había roto aguas. Intentó incorporarse, pero sus extremidades le fallaron. Gritó tan fuerte como pudo y de inmediato, un grupo de marineros se arremolinó a su alrededor descubriendo sorprendidos el embarazo e inminente alumbramiento. El capitán y el contramaestre bajaron hasta la cubierta principal alertados por el acontecimiento. El marinero gaditano, único conocedor del estado de Sebastiana, se acercó a ella para tranquilizarla y asistió el parto de la mejor forma que pudo. Entre gritos y lágrimas de dolor el extenuado cuerpo de la joven se estremecía mientras el marinero, entre sus piernas, agarraba con suavidad la pequeña cabecita de aquel cuerpo que pugnaba por asomarse a la vida. En cuestión de segundos una niña nacía en la *Santa Isabel*. Con su hija en sus brazos, Sebastiana levantó su mirada vidriosa y, en el trozo de cielo azul que pudo ver entre las velas vio cruzar una gaviota. El vigía, en la cofa del palo mayor gritó las palabras que toda la tripulación esperaba desde hacía días.

—¡Tierra a la vista! ¡Tierra!

En la mañana del día 20 de diciembre del año de Nuestro Señor de 1527 la nao *Santa Isabel* arribó al puerto de Veracruz. Desde la borda, entre marineros famélicos, una mujer de pelo oscuro y ojos color miel observaba aquella ciudad magnífica al otro lado del mundo. Con su hija en brazos a la que había llamado Isabel en honor al barco que le dio la libertad, puso sus pies en Las Indias siendo una mujer nueva. Metió la mano en su faltriquera y tocó los huesos de las aceitunas que habían viajado con ella desde que abandonara Aznalcázar, ignorando que las semillas que habitaban en su interior terminarían germinando en aquellas tierras ignotas gracias a sus propios cuidados, y que cada uno de aquellos pequeños olivos, además de devolverle los recuerdos del pueblo que la vio nacer terminarían dando las primeras aceitunas al Nuevo Mundo.